

# Ortega, en el recuerdo y en la obra de Caro Baroja

Presentación de Francisco Castilla Urbano

ORCID: 0000-0001-6388-9474

## I. Introducción

Julio Caro Baroja escribió “Ortega en mi memoria” en agosto de 1982. El texto se publicó en un número de la *Revista de Occidente* dedicado al filósofo, con motivo del centenario de su nacimiento<sup>1</sup>. No era la primera vez que Julio Caro escribía sobre Ortega, aunque si la primera, y la única, en que lo hacía con dedicación expresa al mismo y no dentro de un texto que se ocupaba de otro asunto o junto con otros autores. El interés de lo dicho por alguien que conoció a Ortega muy de cerca, que convivió con los miembros de su familia desde que era niño hasta su muerte y que mantuvo fuertes lazos de admiración, amistad y colaboración con el pensador madrileño en distintos períodos de su vida, no puede ocultarse. Este interés es mayor, si cabe, cuando procede del testimonio de un intelectual de excepcional importancia en la España del siglo XX, de quien se cumple este año el centenario de su nacimiento. Por eso creo que merece la pena un acercamiento a las relaciones entre estos dos grandes hombres, acercamiento que, tomando como guion el texto que comentamos, necesariamente ha de pasar por tres ámbitos: el de la memoria, el afectivo y el intelectual.

## II. De “Ortega en mi memoria” a las memorias de Julio Caro Baroja

En *Los Baroja (Memorias familiares)*, Julio Caro Baroja ha plasmado su vida y la de su familia con un interés y un estilo literario admirables. En *Semblanzas ideales. Maestros y amigos* también ha dedicado excelentes páginas a narrar la vi-

<sup>1</sup> Julio CARO BAROJA, “Ortega en mi memoria”, *Revista de Occidente*, 24-25 (mayo, 1983), pp. 65-75. (Véase a continuación).

### Cómo citar este artículo:

Castilla Urbano, F. (2014). Ortega, en el recuerdo y en la obra de Caro Baroja. *Revista de Estudios Orteguianos*, (29), 183-208.

<https://doi.org/10.63487/reo.375>

Revista de  
Estudios Orteguianos  
Nº 29, 2014  
noviembre-abril

da de personas con las que ha mantenido los más diversos vínculos, desde la admiración lejana, sin coincidencia temporal, hasta el afecto familiar o de trato, desde el agradecimiento al encuentro profesional o de magisterio; todas estas características convivían con la simpatía hacia el biografiado, proporcionando magníficos acercamientos a personajes clave de la vida cultural española.

Ambas obras se publican en los años setenta, si bien muchas de las biografías incluidas en *Semblanzas ideales* pertenecen a la década anterior. Lo que llama la atención es que, a pesar de la importancia que siempre le ha otorgado a su relación con Ortega, el relato específico de sus relaciones se demorara tanto. Ciento que en *Los Baroja* son muchos e interesantes los comentarios sobre el filósofo y que mucho de lo dicho allí va a ser repetido en “Ortega en mi memoria”, pero dado el protagonismo orteguiano en la España de la primera mitad del siglo veinte y el de los Baroja, la familiaridad entre uno y otros, y la propia relación de Julio Caro con Ortega y su familia, es difícil resistirse a la exigencia de una presencia mayor de todos ellos en sus publicaciones. A falta de una explicación clara, tal vez haya que suscribir un comentario un tanto críptico de Julio Caro en un período muy posterior al que nos ocupa: “las relaciones entre los Ortega y los Baroja han sido siempre un poco raras”<sup>2</sup>.

Cuando no hay más, toca conformarse con lo existente, y una de las cosas que atrae la atención de lo que ha escrito Julio Caro es el predominio del género memorístico en sus aproximaciones a la figura de Ortega. Esto resulta evidente en el título que nos ocupa, pero no lo es menos en el resto de comentarios que Caro Baroja dedica al filósofo. Sea a propósito del relato de sus encuentros, sea en relación a algún acontecimiento en el que estuvo presente o sobre el que expresó su opinión o sea, en fin, por algún motivo que afecta a sus investigaciones, la presencia de Ortega en la escritura del sobrino de Pío Baroja es siempre una presencia desde el recuerdo. Este rasgo puede parecer lógico si se tiene en cuenta la diferencia de edad entre ambos, pero incluso cuando Julio Caro, en la etapa más tardía de sus relaciones, nos cuente su colaboración intelectual con Ortega, recurrirá al relato de su experiencia y no a la descripción de sus coincidencias o diferencias teóricas. Éstas, a diferencia de lo que dice en sus memorias o lo que muestra con sus afectos, deben entresacarse de sus trabajos, sin que resulte fácil.

Del papel jugado por el recuerdo, por si no fuera suficiente su título, es más que expresivo el párrafo inicial de “Ortega en mi memoria”. No sólo lo introduce su autor mencionando cómo su tendencia a recordar y su capacidad para ha-

<sup>2</sup> Julio CARO BAROJA y Francisco J. FLORES ARROYUELO, *Conversaciones en Itzea*. Madrid: Alianza Editorial, 1992, p. 91.

cerlo se incrementan con el calor veraniego, sino que reconoce que esa relación entre calor y memoria ha ido ganando espacio en sus preferencias con el transcurso del tiempo<sup>3</sup>. Firmado todo ello desde Churriana, en pleno mes de agosto, no puede caber duda de la importancia del recuerdo en esta aproximación.

Fruto del mismo, Caro Baroja nos ofrece varias imágenes de Ortega: "No una ni dos. Por lo menos tres: o tres y media si se quiere. Porque a las que puedo asegurar que son directas, he de añadir otra, construida por medio de recuerdos y referencias familiares, que corresponde a una época anterior a la de mis propios recuerdos"<sup>4</sup>. Tal vez proceda empezar por esta última, porque la relación de Julio Caro Baroja con José Ortega y Gasset se establece a partir de la que mantiene éste con su tío Pío; con Ricardo, el hermano de este, nunca debió ser mucha la compenetración.

El novelista y el filósofo se habían conocido a inicios del siglo XX, por mediación de Ortega Munilla, el padre de Ortega, que dirigía *El Imparcial*, donde Pío Baroja comenzó a publicar desde su llegada a Madrid<sup>5</sup>. La relación se hace más profunda al coincidir ambos en un viaje a París, en 1905, cuando Ortega se dirige a Alemania y D. Pío a Londres; desde entonces y por espacio de veinte años, no dejará de afianzarse su amistad, aunque nunca estará exenta de diferencias políticas<sup>6</sup> y teóricas<sup>7</sup>. Unas y otras acabarán por enfriar primero y hacer saltar por los aires después dicha relación. De momento, conviene recordar que en ese intervalo nace Julio Caro Baroja (1914), y que con menos de diez años acompaña a su tío los domingos a comer a la "casa atestada de libros" del filósofo, en la calle Serrano: "Era una casa en la que creo había dos cosas importantes: los libros y los chicos. Porque Ortega y su mujer,

<sup>3</sup> Julio CARO BAROJA, "Ortega en mi memoria", ob. cit., p. 65: "he de confesar que ahora me gusta más sentir calor y recordar que hace unos años". (Véase a continuación).

<sup>4</sup> *Ibidem*, pp. 65-66. (Véase a continuación).

<sup>5</sup> *Ibidem*, p. 74. (Véase a continuación).

<sup>6</sup> La germanofilia del novelista no se modificó en la I Guerra Mundial, mientras Ortega se esforzaba por distinguir entre la ciencia alemana y el régimen político de aquel país, que distaba de merecer su admiración. Véase JOSÉ ORTEGA Y GASSET, "Una respuesta a una pregunta" (13-IX-1911), en *Obras completas*, 10 vols. Madrid: Taurus / Fundación Ortega y Gasset, 2004-2010, I, p. 455, en adelante: I, 455.

<sup>7</sup> JOSÉ ORTEGA Y GASSET, *Meditaciones del Quijote* (1914), I, 759 y 772, nota 2; véase "Pío Baroja: anatomía de un alma dispersa", VII, 270-294, "Ideas sobre Pío Baroja", *El Espectador I* (1916), II, 211-241 y "Calma política. Un libro de Pío Baroja" (13-IX-1912), I, 540-544. Ortega afirma haber escrito un ensayo sobre su obra en 1910 ("Una primera vista sobre Baroja", *El Espectador I* (1916), II, 242-261), pero no lo publicó hasta 1915 (p. 242 nota). Sin embargo, no fue así; como señaló E. Inman FOX, "Introducción", en JOSÉ ORTEGA Y GASSET, *Meditaciones sobre la literatura y el arte: (la manera española de ver las cosas)*. Madrid: Castalia, 1988, p. 28, y confirman los editores de la última edición de las *Oc* (VII, 876), el texto, junto con "Pío Baroja: anatomía de un alma dispersa" (VII, 270-294), "[Variaciones sobre la circumstantia]" (VII, 295-306) y "La voluntad del Barroco" (VII, 307-318), pueden fecharse en 1912.

doña Rosa, han sido de los padres que he conocido yo con un amor más tierno y solícito por su prole<sup>8</sup>. Su amistad con los hijos de Ortega, con Miguel, Soledad y especialmente con José, su compañero de juegos, se cimentó durante aquellos años, reforzada también por su común pertenencia al Instituto-Escuela, donde habría de permanecer Caro Baroja desde 1921 hasta 1931<sup>9</sup>.

Antes de abandonar esa enseñanza y encaminarse a la Universidad, Caro Baroja va a asistir al final del buen entendimiento entre Ortega y su tío Pío. En las “Ideas sobre la novela” (1925), del primero, se alude a dos escritos de Baroja sin excesiva amabilidad<sup>10</sup>; uno de ellos es el prólogo a *La nave de los locos*, de Pío Baroja, que viene a certificar sus diferencias en esta materia. Poco después, los comentarios que le dedica el filósofo en el ensayo “Amor en Stendhal”, de 1926<sup>11</sup>, delatan la pérdida de la confianza. No dejan de verse en tertulias y salones, pero las idas a la casa de Ortega se van espaciando. También van quedando en el olvido las visitas a Itzea, la casa que Pío Baroja compró en Vera de Bidasoa y que fue restaurando hasta convertirla en el lugar más característico de su familia. Durante años, los Ortega veranearon cerca, en Zumaya, y no era extraño ver aparecer por Vera al filósofo, solo o en compañía, para encontrarse con el novelista<sup>12</sup>. En alguna ocasión, la llegada se convertía en la antesala de un viaje, en el que ambos se implicaban durante unos días<sup>13</sup>.

El distanciamiento se acentúa y afecta también al plano político; el protagonismo que va adquiriendo Ortega desde el final de la Dictadura de Primo de Rivera y, sobre todo, tras la proclamación de la República, es inverso a la desconfianza ante los acontecimientos y a la consiguiente retirada de la primera línea de Pío Baroja<sup>14</sup>. Durante este tiempo, Caro Baroja alude a algún episodio de honorable reconocimiento, como cuando el novelista ingresó en la Academia de la Lengua, en el año 1935<sup>15</sup>, y el propio Ortega “me pidió unas invitaciones para el acto”<sup>16</sup>; pero, lo cierto es que el novelista y el filósofo casi dejaron de tratarse. Sus relaciones todavía experimentaron un retroceso, si cabe, mien-

<sup>8</sup> Julio CARO BAROJA, *Los Baroja (Memorias familiares)*. Madrid: Taurus, 1978, p. 182. De “recuerdo seguramente inventado pero feliz de Julio Caro Baroja”, habla Jordi GRACIA, *José Ortega y Gasset*. Madrid: Taurus, 2014, p. 351.

<sup>9</sup> Julio CARO BAROJA, “Una vida en tres actos” (1981), *Príncipe de Viana. Homenaje a Julio Caro Baroja*, LVI, 206 (1995), pp. 577-589 (p. 578).

<sup>10</sup> José ORTEGA Y GASSET, “Ideas sobre la novela” (1924-1925), III, 879-908.

<sup>11</sup> José ORTEGA Y GASSET, “Amor en Stendhal” (1926), V, 465.

<sup>12</sup> Julio CARO BAROJA, “Ortega en mi memoria”, ob. cit., p. 67. (Véase a continuación).

<sup>13</sup> Julio CARO BAROJA, *Los Baroja (Memorias familiares)*, ob. cit., p. 78.

<sup>14</sup> Julio CARO BAROJA, “Ortega en mi memoria”, ob. cit., pp. 67-68. (Véase a continuación).

<sup>15</sup> Julio CARO BAROJA, “Pío Baroja. Recuerdos”, en *Semblanzas ideales. Maestros y amigos*. Madrid: Taurus, 1972, p. 46.

<sup>16</sup> Julio CARO BAROJA, “Ortega en mi memoria”, ob. cit., p. 70. (Véase a continuación).

tras estaban en París, durante la Guerra Civil. Tras su vuelta a Madrid no volvieron a verse.

El pequeño Julio Caro se introduce inevitablemente por el resquicio de la memoria de lo ocurrido entre Ortega y Pío Baroja, pero hay que esperar unos años, hasta su juventud, al menos, para que cobre protagonismo por sí mismo. Aquí se hace inevitable entrar en el ámbito afectivo.

### III. Afectos y confidencias

A Julio Caro no se le escapa el distanciamiento entre Ortega y Pío Baroja y, al iniciar sus estudios en la Universidad de Madrid, opta por no seguir las enseñanzas del filósofo: "Por un exceso de pudor y también porque entonces estaban alejados mi tío y él no fui a las clases de Ortega. Ahora lo siento"<sup>17</sup>. Viene un largo período en el que los afectos quedaron ensombrecidos, pero Caro Baroja vive lo suficiente del momento como para ser testigo del ascenso y caída de la empresa política orteguiana durante la República. Después, la guerra; casi de inmediato, la otra guerra y, por fin, la vuelta a España: "mis recuerdos de Ortega se hacen más fuertes y más entrañables". Una vez en Madrid, el filósofo no puede dar clase en la Universidad e intenta reanudar su actividad al margen de ésta. Las dificultades con las que se encuentra no son pocas. En Lisboa ha leído algunas cosas de Julio Caro y las relaciones afectivas e intelectuales no tardan en restablecerse:

Yo no vi a Ortega ni a su familia apenas entre 1940 y 1948, como no los había visto de 1929 a 1935. Pero por el verano de 1948 tuve ocasión de volver a hablar con él y desde entonces hasta su muerte fui asiduo de su tertulia y reanudé la vieja amistad familiar. Creo que Ortega tenía cierta estimación por mis trabajos, aunque me consideraba una persona "heteróclita", como lo dijo cierta vez delante de varios. Y yo le estoy muy agradecido porque en una época en la que no vi a mi alrededor más que mezquindades en la vida profesional, me dio alientos<sup>18</sup>.

<sup>17</sup> Julio CARO BAROJA, *Los Baroja (Memorias familiares)*, ob. cit., p. 208.

<sup>18</sup> *Ibidem*, p. 422. En ese mismo lugar, señala: "El año 1950 participé en el curso del Instituto de Humanidades organizado por Ortega y Gasset"; en realidad, el curso comenzó en 1949, el 21 de noviembre, a pesar de que Julio Caro, tras confirmar esta fecha en una carta de fecha 11 de noviembre dirigida a Julián Marías desde Bujalance, remitió un telegrama desde Pozoblanco el 16 de ese mes intentando aplazarlo hasta el 28. Su destinatario, Julián Marías, le contestó inmediatamente por el mismo medio, confirmándole que empezaba el 21. Los tres documentos figuran en el Archivo de la Fundación Ortega-Marañón. El año queda confirmado en Julio CARO BAROJA, "El sociocentrismo de los pueblos españoles" (1954), en *Razas, pueblos y linajes*. Murcia: Universidad de Murcia, 1990 (1957), p. 278.

Caro Baroja tenía la misma edad de Soledad Ortega, pero no pertenecía al grupo de discípulos, como Mariás, Garagorri, Soledad Franco, etc., que se había formado en torno al filósofo precisamente en los años de la República, cuando el futuro antropólogo permaneció alejado de Ortega. Esto dio un carácter especial a su seguimiento de la filosofía orteguiana, que nunca fue tan especializado y gremial como el de los anteriores y otros muchos, sino algo más distanciado:

Seguí como lector a Ortega en su quehacer de crítico, de sociólogo, de teórico de la Historia más que en su condición de filósofo puro y sus discípulos eran discípulos filosóficos en esencia. Aunque he hecho esfuerzos para enterarme de lo que es el pensamiento filosófico moderno y, por lo tanto, el de Ortega, yo no he podido salir del marco idealista, que me sirve como punto de arranque siempre<sup>19</sup>.

En este ámbito hay que situar la confianza que le muestra el filósofo, al hacerle partícipe de confidencias y comentarios llenos de franqueza. Muchos años después de haberlo hecho en busca del tío, Ortega volvería a aparecer de nuevo por Itzea, pero, en este nuevo período, para encontrarse con el sobrino:

Alguna vez, durante el verano, solía venir a Vera y me recogía. Paseábamos, luego, por las orillas del Bidasoa, frente a Biriatou y me hablaba más de recuerdos y experiencias que de asuntos científicos. Lo más amargo de aquellas conversaciones se refería a la vida política española<sup>20</sup>.

La intimidad dura hasta el mismo momento de la muerte de Ortega, cuando le concedió el privilegio de escogerle entre otros, hacerle pasar a su habitación de la clínica Ruber<sup>21</sup> y charlar un último rato con él<sup>22</sup>. También Caro

<sup>19</sup> *Ibidem*, p. 423. La profesión de fe idealista será reiterada por Julio CARO BAROJA, *El señor inquisidor y otras vidas por oficio*, 2.<sup>a</sup> ed. Madrid: Alianza Editorial, 1970, pp. 169-170: "Yo soy todo menos un naturalista o un teólogo. He nacido en una época en que nadie se atreve a decir que es idealista en uno de los sentidos más estrictos de la palabra. Yo sí me atrevo. Soy idealista porque creo que, aunque las ideas no pueden estudiarse aisladas, todavía es más difícil estudiar las cosas reales sin echar mano de aquéllas. Soy idealista contra estos descubrimientos modernos respecto a la importancia de la vida, la existencia propia, etc., porque creo que el ajuste a planes y a esquemas previos que funcionan por sí mismos es el único criterio de comprensión que tienen el hombre de ciencia y el hombre de letras".

<sup>20</sup> Julio CARO BAROJA, "Ortega en mi memoria", ob. cit., p. 73. (Véase a continuación). Véase "Contera sobre Madrid", en *Estudios sobre la vida tradicional española*. Barcelona: Península, 1988, p. 296: "El verano antes de que falleciera, es decir, el de 1955, y durante algunos anteriores, solía yo acompañar con frecuencia a don José Ortega y Gasset, cuando, por la tarde, iba de Fuenterrabía a dar un paseo por las orillas del Bidasoa, frente a Biriatou".

<sup>21</sup> Jordi GRACIA, *José Ortega y Gasset*, ob. cit., p. 640.

<sup>22</sup> Julio CARO BAROJA, "Ortega en mi memoria", ob. cit., pp. 73-74. (Véase a continuación).

Baroja demuestra su confianza en la familia de Ortega, cuando un año después, tras la muerte de su tío Pío, se retiró a descansar a su domicilio, escapando de las tensiones que había tenido que soportar.

En esos años de mutuo afecto se sitúan también los intercambios de lecturas, conocimientos y reflexiones a propósito de los asuntos que Caro Baroja irá abordando y que, por la correspondencia que publicó Soledad Ortega<sup>23</sup> y las propias manifestaciones de Julio Caro<sup>24</sup>, se pueden resumir en tres temas: el “estudio de la noción de región, comarca, etc.”, que ocupó su curso en el Instituto de Humanidades; los preparativos de su viaje al Sahara, y la escritura posterior sobre lo investigado allí, con su proyecto de viaje a Oxford incluido.

Todos ellos van a dar lugar a publicaciones que van a reflejar huellas más o menos intensas de las ideas de Ortega en lo escrito por Julio Caro Baroja.

#### IV. El ámbito intelectual

##### 1. Sobre la noción de región y comarca

La relación intelectual entre Ortega y Caro Baroja se inicia al poco de reanudar sus relaciones. El filósofo invita a Julio Caro a impartir un curso sobre *Geografía social de España* en el Instituto de Humanidades, la iniciativa cultural que lidera junto con J. Marías<sup>25</sup>, y con la que pretendían acceder a un público que su exclusión de la Universidad les mantenía vedado. Ortega se refirió a esta colaboración como propia de un nieto con su abuelo<sup>26</sup>. Julio Caro lo justifica aludiendo a la temprana madurez del filósofo y atribuyéndose a sí mismo un tardío florecimiento<sup>27</sup>; su modestia parece excesiva: había publicado para entonces varios libros y bastantes artículos. El curso se inicia a finales de 1949

<sup>23</sup> Soledad ORTEGA, “José Ortega y Gasset y Julio Caro Baroja: un diálogo epistolar”, *Revista de Occidente*, 184 (1996), pp. 7-26.

<sup>24</sup> Julio CARO BAROJA, *Los Baroja (Memorias familiares)*, ob. cit., p. 424.

<sup>25</sup> Julián MARIAS, *Ortega. Las trayectorias*. Madrid: Alianza, 1983, p. 400: “Ortega preparó el Instituto, en largas conversaciones conmigo, sin contar con nadie más. Al proponer a otros su colaboración, les dije: «El Instituto de Humanidades lo organizamos Marías y yo, porque somos dos insensatos que no tenemos nada que perder»”. En la portada del folleto reproducida por Marías en esta obra figuran ambos, mientras nada de ello se advierte al reproducir su contenido en las *Obras completas* de Ortega (VII, 11) de 1983. En la última edición sí se indica (VI, 1011) que se editó dos veces, una de ellas con encabezamiento de Aula Nueva. Instituto de Humanidades, “organizado por José Ortega y Gasset y Julián Marías”.

<sup>26</sup> Julio CARO BAROJA, *Los Baroja (Memorias familiares)*, ob. cit., p. 423. Alude a una entrevista de L. C. a Ortega en el *ABC* del 22 de noviembre de 1949, p. 3.

<sup>27</sup> Julio CARO BAROJA, “Ortega en mi memoria”, ob. cit., p. 71. (Véase a continuación).

“con un tema restringido al estudio de la noción de región, comarca, etc.”, y apenas quedan del mismo datos anecdóticos<sup>28</sup>.

Tiene interés que, para preparar su intervención, Ortega recomendara a Julio Caro una lectura de su “Prólogo a la *Historia de la Filosofía de Bréhier*”, llamando su atención sobre el contraste “entre la auténtica historia, que es dinámica, y la historia meramente morfológica, que es estática, es decir, cinematográfica”<sup>29</sup>. El antropólogo le agradece la sugerencia y cree encontrar la inspiración para el trabajo encomendado<sup>30</sup>, pero, poco después, una nueva recomendación de lectura quiere profundizar en esa idea. Se trata de la conferencia de la Universidad Libre de Berlín sobre Europa (*De Europa meditatio quaedam*) que Ortega había dictado tres meses antes, el 7 de septiembre; en la parte que le remite a Julio Caro le asegura que “encontrarás una doctrina más precisa sobre la sociedad y las formas de sociedad”<sup>31</sup>.

La *Meditación de Europa* plantea la existencia en los pueblos europeos de un “destino que les hacía, a la par, progresivamente homogéneos y progresivamente diversos”<sup>32</sup>. Europa es una sociedad en la que sus hombres conviven a veces de forma pacífica y a veces combativamente, “bajo un determinado sistema de usos”. Por eso,

[L]a historia de Europa, señores, que es la historia de la germinación, desarrollo y plenitud de las naciones occidentales, no se puede entender si no se parte de este hecho radical: que el hombre europeo ha vivido siempre, a la vez, en dos espacios históricos, en dos sociedades, una menos densa, pero más amplia, Europa; otra más densa, pero territorialmente más reducida, el área de cada nación o de las angostas comarcas y regiones que precedieron, como formas peculiares de sociedad, a las actuales grandes naciones<sup>33</sup>.

<sup>28</sup> *Idem*. (Véase a continuación). Una versión algo diferente en JULIO CARO BAROJA, *Los Baroja (Memorias familiares)*, ob. cit., p. 423.

<sup>29</sup> Carta de José Ortega y Gasset a Julio Caro Baroja, 17-X-1949, en Soledad ORTEGA, “José Ortega y Gasset y Julio Caro Baroja: un diálogo epistolar”, ob. cit., p. 11. La expresión la está manejando Ortega por este tiempo, véase “Meditación de Europa” (1949), X, 100, nota: “Por lo visto [Mommsen] pagaba así tributo al vicio alemán de escamotear la historia trasladándola en mera *Ideengeschichte*, es decir, de dinámica en abstracta cinematográfica”.

<sup>30</sup> Carta de Julio Caro Baroja a José Ortega y Gasset, 11-X-1949, en Soledad ORTEGA, “José Ortega y Gasset y Julio Caro Baroja: un diálogo epistolar”, ob. cit., p. 10: “Creo que ya lo voy perifilando”.

<sup>31</sup> Carta de José Ortega y Gasset a Julio Caro Baroja, 17-X-1949, en Soledad ORTEGA, “José Ortega y Gasset y Julio Caro Baroja: un diálogo epistolar”, ob. cit., p. 11.

<sup>32</sup> JOSÉ ORTEGA Y GASSET, *De Europa meditatio quaedam* (1949), X, 82.

<sup>33</sup> *Ibidem*, p. 84.

En este dualismo encuentra Ortega la homogeneidad y diversidad que caracteriza a las sociedades europeas: por una parte, el gran sistema de usos europeos, también llamado civilización, que las equipara a todas hasta cierto punto; por otra, “el repertorio de sus usos particulares, esto es, diferenciales”. Ambos criterios han estado siempre presentes en la historia de Europa, pero uno u otro han podido dominar según la época.

El objetivo de la *Meditación de Europa* es hacer ver que el contraste, resuelto a veces en lucha a muerte, entre las naciones europeas tiene un fondo común que les otorga sentido, y que no es otro que la idea de Europa. Tras la mutua destrucción de la Segunda Guerra Mundial y la derrota alemana, lo que propone el filósofo es recuperar ese trasfondo sobre el que se han construido históricamente los distintos particularismos nacionales y otorgarle protagonismo. Aplicado esto de las fronteras de España hacia adentro, lo que Ortega le propone a Julio Caro es deconstruir el movimiento histórico que la ha integrado para averiguar cuáles eran las sociedades preexistentes<sup>34</sup>.

No está claro hasta dónde llegó Caro Baroja en esta tarea, pero lo que resulta evidente es que en varios de sus artículos de esta época adoptó las propuestas y categorías que le proponía el filósofo. En concreto, Julio Caro menciona las conferencias del Instituto de Humanidades en dos artículos de los años cincuenta: “El sociocentrismo de los pueblos españoles”<sup>35</sup>, donde aparecen dos nociones (homología y diferenciación) muy similares a las de Ortega, que van a adquirir una importancia fundamental en buena parte de lo que escribe Caro Baroja por esta época; también se recuerda el curso del Instituto de Humanidades en el pequeño artículo “Sobre los conceptos de región y comarca”<sup>36</sup>. Ambas manifestaciones coinciden con la reseña del curso que nos proporciona una crónica de la época<sup>37</sup>.

<sup>34</sup> Carta de José Ortega y Gasset a Julio Caro Baroja, 19-X-1949, en Soledad ORTEGA, “José Ortega y Gasset y Julio Caro Baroja: un diálogo epistolar”, ob. cit., pp. 12-14.

<sup>35</sup> Julio CARO BAROJA, “El sociocentrismo de los pueblos españoles” (1954), ob. cit., p. 278: “antes de lanzarme a elaborar una teoría de los motes o «seudogentilicios», me parece que he de construir sus cimientos y éstos los fabricaré con fragmentos de tres conferencias que di el año 49 en el Instituto de Humanidades”.

<sup>36</sup> Julio CARO BAROJA, “Sobre los conceptos de región y comarca”, en *Estudios sobre la vida tradicional española*, ob. cit., p. 317: “Durante el curso que el año pasado organizó el Instituto de Humanidades, me encargó don José Ortega y Gasset que desarrollara tres conferencias sobre «Geografía social de España», a las que siguieron unos atractivos coloquios. En el transcurso de ellos se vio con cierta claridad, a mi juicio, la necesidad de que se aplicaran diversos métodos históricos y sociológicos al estudio de la Geografía humana de España, abandonando viejos formalismos. Se discutió acerca de las llamadas «regiones naturales», y se señaló, por último, la conveniencia de que unidades como las aludidas, de la categoría de La Rioja, o la Bureba, o la Liébana, o la Maragatería, se denominaran más bien «comarcas»”.

<sup>37</sup> ABC del 30 de noviembre de 1949, p. 12: “Caro Baroja plantea en su curso, el problema de esas sociedades parciales españolas que no responden a presiones de tipo estatal, como res-

No me detendré en los detalles de lo dicho por Caro Baroja, que ya he comentado en otro lugar<sup>38</sup>, pero sí destaco, junto con el señalado uso de las nociones de homología y diferenciación, el uso de categorías orteguianas en sus artículos de esta época. Parece indudable que en este momento el filósofo le sirve de guía intelectual: su énfasis en “que el hombre no tiene naturaleza, sino que tiene... historia”<sup>39</sup>; su descalificación de “la interpretación geográfica de la historia”<sup>40</sup>; la reivindicación de la perspectiva<sup>41</sup>, pero, sobre todo, su idea, a menudo asentada en las afirmaciones de Jakob von Uexküll, según la cual cada grupo y, en última instancia, cada sujeto, construye su propio mundo<sup>42</sup>; su idea de los grupos sociales como individuos sometidos a “un sistema de presiones”, el mismo concepto de razón histórica que Caro Baroja no duda en utilizar para aludir a la propia constitución de las sociedades. Todas estas ideas aparecen en los ya citados “El sociocentrismo de los pueblos españoles” y “Sobre los conceptos de región y comarca”, pero también en su “Introducción al estudio de las formas de vida tradicional en España”<sup>43</sup>, en “Ideas y

---

pondían, por ejemplo, los antiguos Reinos, ni a divisiones administrativas, como las provincias, o eclesiásticas, como las diócesis, sino que son puramente sociales, como la Mancha o la Rioja, o unidades más pequeñas, como los valles, las vecindades, las serranías, etc. Examinando esas sociedades elementales, algunas modernas y otras antiguas, y siguiendo dos criterios, de homología y de diferenciación, se podrá ver el proceso de formación e integración de la gran sociedad española”. Agradezco a mi amigo J. López Patau que me haya facilitado este dato.

<sup>38</sup> Francisco CASTILLA URBANO, “Ortega y Caro Baroja: amistad e intercambio intelectual”. Pendiente de publicación.

<sup>39</sup> José ORTEGA Y GASSET, *Historia como sistema* (1935), VI, 73.

<sup>40</sup> José ORTEGA Y GASSET, “Temas de viaje” (1922), en *El Espectador IV* (1925), II, 489-490: “Es una de tantas ideas lanzadas por el siglo XVIII (no se olvide que ésta viene de Montesquieu), y que, a pesar de no cumplir la promesa intelectual que nos hicieron, se han instalado en los espíritus como dogmas íntimos. A primera vista nada más plausible, en efecto, que admitir una estricta correlación de causa y efecto entre los climas y las formas de la vida humana. Nuestro intelecto se siente siempre atraído por parejas simetrías esquemáticas. Pero es el caso que a estas fechas no ha logrado nadie establecer ley alguna que permita derivar de un clima determinado una determinada institución política, un estilo artístico, una ideología. Se han visto florecer en un mismo clima las culturas más diferentes, y viceversa, una misma cultura atravesar climas distintos sin sufrir variaciones esenciales en su estilo”.

<sup>41</sup> José ORTEGA Y GASSET, “Verdad y perspectiva”, en *El Espectador I* (1916), II, 163: “La realidad, pues, se ofrece en perspectivas individuales. Lo que para uno está en último plano, se halla para otro en primer término. El paisaje ordena sus tamaños y sus distancias de acuerdo con nuestra retina, y nuestro corazón reparte los acentos. La perspectiva visual y la intelectual se complican con la perspectiva de la valoración”.

<sup>42</sup> José ORTEGA Y GASSET, *Las Atlántidas* (1924), III, 753: “Cada pueblo, cada época, operan nuevas selecciones sobre el repertorio general de objetos «humanos», y dentro de cada época y cada pueblo, el individuo ejecuta una última disminución”.

<sup>43</sup> Julio CARO BAROJA, “Introducción al estudio de las formas de vida tradicional en España” (1954), en *Razas, pueblos y linajes*, ob. cit., pp. 63-64.

personas en una población rural”<sup>44</sup> o en “Unidad y variedad etnológica del valle del Ebro”<sup>45</sup>.

## 2. Estudios africanos

En 1955 se publica *Estudios saharianos*, fruto de un trabajo de campo intensivo en el Sahara, y en 1957 *Estudios mogrebíes*. Ambas obras suponen no sólo un nuevo campo de estudio para Caro Baroja, que hasta entonces no había dejado de tener como escenario de sus trabajos el territorio peninsular, sino que también muestran su compromiso con un nuevo método, que pasa de un funcionalismo de raíces naturalistas, sustituto a su vez del método histórico-cultural utilizado por don Julio hasta poco antes, a uno abierto hacia la historia y que tiene en la obra de Evans-Pritchard su principal inspirador<sup>46</sup>.

Es interesante la relación entre Ortega y Caro Baroja que estuvo en el origen y desarrollo del viaje al Sahara previo al trabajo de campo. En el depauperado ambiente intelectual madrileño de la época, sólo Ortega demostró interés por el viaje, hasta el punto de citarle “en su casa de la calle de Monte Esquinza y no en la «Revista [de Occidente]» y estuvo un rato largo conmigo, mirando el mapa del desierto y evocando lecturas de viajes de que era, y sobre todo había sido, muy aficionado”<sup>47</sup>.

<sup>44</sup> Julio CARO BAROJA, “Ideas y personas en una población rural” (1951), en *Razas, pueblos y linajes*, ob. cit., p. 312: “Ser español es cosa que influye en la psique individual de algún modo, seguramente de modo intenso; pero no está demostrado que esta influencia sea más fuerte sobre el alma del individuo que la ocasionada por el hecho de ser de La Mancha o de Andalucía, y dentro de Andalucía, de la sierra y no de la campiña”.

<sup>45</sup> Julio CARO BAROJA, “Unidad y variedad etnológica del valle del Ebro” (1952), en *Miscelánea histórica y etnográfica*. Madrid: CSIC, 1998, p. 117: “Las naciones renacentistas se tomaron, erróneamente a mi juicio, como unidades fundamentales desde el punto de vista *psicológico* y los antiguos reinos, las divisiones más viejas se pusieron en lugar muy secundario en los ensayos más conocidos. Pero ¿se puede ignorar la importancia psicológica que aún hoy día tiene el hecho de ser de uno de tales reinos, de una de tales comarcas prenacionales? Como hombres nacidos en una de ellas y no en otra, los montañeses, los alaveses, los riojanos, etc., se consideran diferentes entre sí; y diferentes no por causa de grandes presiones estatales, de fuerzas políticas y económicas que ejercen una coacción imperiosa, patente (sobre cuyo origen psicológico habría mucho que decir), sino por matices y apreciaciones que tienen un interés mayor desde el punto de vista de la psicología por su misma falta de obligatoriedad”.

<sup>46</sup> Francisco CASTILLA URBANO, *El análisis social de Julio Caro Baroja: empirismo y subjetividad*. Madrid: CSIC, 2002, pp. 112-122.

<sup>47</sup> Julio CARO BAROJA, *Los Baroja (Memorias familiares)*, ob. cit., p. 424. Por cierto que Jordi GRACIA, *José Ortega y Gasset*, ob. cit., p. 384, se confunde al afirmar que Ortega “tuvo siempre en la mesa de su despacho en la *Revista* una piedra del desierto del Sahara, negra y brillante, que regaló muchos años después a Julito, Julio Caro Baroja”; en realidad, quien le trajo como recuerdo del Sahara “una piedra negra y brillante de Smara, que tuvo en la mesa de su despacho en la *Revista* hasta el final” fue Caro Baroja (“Ortega en mi memoria”, p. 72). (Véase a continuación).

Este encuentro preparatorio será seguido por una correspondencia más bien escasa, pero sustancial. En ella, por una parte, cobran interés las confidencias y, por otra, el diálogo intelectual retrata muy bien lo que cada uno de los interlocutores está en condiciones de aportar al otro. Caro Baroja escribe a los dos meses de su llegada, para confirmar la dedicación permanente a la investigación de él y de su amigo Miguel Molina Campuzano, que le acompaña en el viaje: "estamos trabajando como mulas de buena clase"<sup>48</sup>. Acompaña el comentario con una descripción detallada de multitud de aspectos de la vida de los saharauis, lo que después, debidamente elaborado, constituirá su libro y el de su colaborador<sup>49</sup>.

La respuesta de Ortega, se eleva, inmediatamente después de los párrafos de cortesía, por encima de los pormenores propios del trabajo de campo. Lo que le interesa no es el detalle del funcionamiento de la cultura sino su inserción dentro de un esquema que haga posible su comparación con otras y la determinación del nivel que les corresponde en la escala de las sociedades<sup>50</sup>. La sospecha orteguiana de que la cultura de los saharauis ocupa un lugar cercano al extremo inferior en cuanto a desarrollo le lleva a mantener el interés de su estudio para encontrar en la misma rasgos desaparecidos en otras sociedades que han dejado atrás esa etapa<sup>51</sup>. Por tanto, lo que puede ofrecer el estudio de los saharauis para Ortega es, sobre todo, su atractivo arqueológico: los datos de los aspectos más retrógrados de su sociedad deben servir para ilustrar lo que pudo ser la vieja cultura árabe de la que se suponen son un reducto elemental.

Es una pena que el filósofo no se extendiera más en sus sugerencias, pero incluso estas breves indicaciones son suficientes para poder afirmar que, en ese

<sup>48</sup> Carta de Julio Caro Baroja a José Ortega y Gasset, 8-I-1953, en Soledad ORTEGA, "José Ortega y Gasset y Julio Caro Baroja, un diálogo epistolar", ob. cit., p. 17. Una experiencia que repite en su libro, Julio CARO BAROJA, "Introducción general", en *Estudios saharianos*. Madrid: CSIC-IEA, 1955, p. VII: "Los días se sucedieron trabajando febrilmente; a veces, desde las nueve de la mañana a las nueve de la noche, con interrupciones ligeras o cortas, pues nada se desaprovechaba: desde la conversación con el hombre de prestigio hasta la charla con el muchacho que servía el desayuno o la comida".

<sup>49</sup> Miguel MOLINA CAMPUZANO, *Contribución al estudio del censo de población del Sáhara español*. Madrid: CSIC-IEA, 1954.

<sup>50</sup> Carta de José Ortega y Gasset a Julio Caro Baroja, 24-I-1953, en Soledad ORTEGA, "José Ortega y Gasset y Julio Caro Baroja, un diálogo epistolar", ob. cit., p. 20: "Creo que tratándose de un pueblo que no es primitivo y que aun *a priori* representa una forma si no degenerada por lo menos extenuada y reducida al mínimo de la cultura árabe el estudio tiene que partir de un cierto modelo (a fuer de tal esquemático), pero que pudiera considerarse como tipo medio en las formas de vida de esa civilización sahárica. Eso permitirá precisamente aforar el grado de primitivismo o de elementalismo de esas tribus que existen en cada cabila y que permiten sorprender en escorzo y desigualmente vestigios de la ruta que han seguido en su historia".

<sup>51</sup> *Idem*: "puede acontecer, lo mismo que en zoología, que esas colectividades y su contenido cultural conserven muchos componentes arcaicos que desaparecieron de otras más evolucionadas".

momento, lo dicho por Ortega se inscribe dentro de un paradigma antropológico que Julio Caro ya había dejado atrás. Su interés es el pueblo y la cultura saharaui, mientras que Caro Baroja, como señalará después, en los *Estudios saharianos*, ha “estudiado problemas y no pueblos”<sup>52</sup>. En lo que, si no es una referencia implícita a los comentarios de Ortega, sirve en cualquier caso para darse respuesta, Julio Caro manifiesta que su objetivo al escribir este libro no son las conjeturas sobre evolución, orígenes, etc.<sup>53</sup>; lo que ha pretendido es escribir una obra donde se haga algo similar a lo que ha hecho su amigo Julian Pitt-Rivers al estudiar “con extraordinaria agudeza el juego de la estructura social”<sup>54</sup>.

Desde esta perspectiva, se comprende que Caro Baroja sitúe sus lecturas de Graebner y Frobenius y las influencias de Ortega al lado de las de Aranzadi, Barandiarán y Trimborn, como aquellas que le llevaron a trabajar con la noción de ciclos de cultura en la postguerra<sup>55</sup>, previamente a este período funcionalista que se inicia con su trabajo africano. Este salto metodológico por parte de Caro Baroja guarda relación con su estancia en Inglaterra.

### 3. Inglaterra y el funcionalismo

En abril de 1953, Caro Baroja escribe a Lisboa a Ortega para anunciarle que ha dimitido de su cargo de director del Museo del Pueblo Español, que venía ocupando desde 1944. También le comunica la enfermedad grave de su tío Ricardo. Echa en falta “su conversación, su estímulo, sus reflexiones y preguntas”, a la vez que parece aproximarse a la tesis orteguiana de la barbarie del especialismo<sup>56</sup> cuando le comenta que “Aquí no hay ya más que profesionales de una rama de la ciencia (o de lo que sea) y gente que habla de memoria. Pero función intelectual ninguna”<sup>57</sup>.

Junto con esta presencia de tesis características de Ortega en la correspondencia que le dirige Caro Baroja, lo más importante de su carta, a la vez que reconoce que está preparando lo que después serán sus *Estudios saharianos* y que va a viajar de nuevo a Inglaterra para realizar diversas consultas bibliográficas, seguramente sea la preocupación metodológica que refleja:

<sup>52</sup> Julio CARO BAROJA, “Introducción general”, en *Estudios saharianos*, ob. cit., p. IX.

<sup>53</sup> *Ibidem*, p. 63, nota 3.

<sup>54</sup> *Ibidem*, p. 270.

<sup>55</sup> Julio CARO BAROJA, “Sobre el estudio económico de la España antigua” (1968), en *España antigua (Conocimiento y fantasía)*. Madrid: Istmo, 1986, p. 122.

<sup>56</sup> José ORTEGA Y GASSET, *La rebelión de las masas* (1930), IV, 441, y *Misión de la Universidad* (1930), IV, 541.

<sup>57</sup> Carta de Julio Caro Baroja a José Ortega y Gasset, 20-IV-1953, en Soledad ORTEGA, “José Ortega y Gasset y Julio Caro Baroja, un diálogo epistolar”, ob. cit., pp. 21-22.

A fines de mes iré a Oxford para perfilar mi trabajo africano leyendo cosas que aquí no hay. Si quiere V. algo de allí o de Madrid, dígamelos. Alternaré el estudio del Sahara con el de la técnica en el mundo antiguo y con un análisis teórico del “funcionalismo” aplicado a la historia<sup>58</sup>.

Ortega le responde de inmediato. Además de expresarle su lamento por la situación de su tío Ricardo, comprende su deseo de marcharse de Madrid. Él mismo ha sentido esa necesidad y permanece en Lisboa no tanto por su salud como por “todo lo otro”<sup>59</sup>. También va a viajar a Londres, por lo que le pide a Caro Baroja que le telefonee cuando se encuentre allí. Pero lo que reviste más atractivo teórico en su carta son las líneas que dedica al análisis del funcionalismo. En efecto, Ortega reconoce el mérito de Caro Baroja al querer estudiar “lo del «funcionalismo aplicado a la historia», aunque el tema puede ser de gran interés por lo mismo que es tan paradójico, pues se trata de juntar los dos reconciliables enemigos”.

El filósofo reconoce en el funcionalismo una “inspiración biológica”, que estaría detrás de su voluntad, “bien que un poco confusa, de ver cada forma de la sociedad referida al conjunto de todas ellas, es decir, al organismo de una cultura”. Sin embargo, aunque la mayor parte de las instituciones, en el sentido amplio de la palabra, desempeñan funciones porque “sirven necesidades de la vida colectiva”, no todas lo hacen<sup>60</sup>. Al igual que en la biología, también en la historia existen realidades sociales “que con frecuencia sirven tan mal que en realidad son más bien un estorbo, un daño, y sin embargo existen y perduran”. Por otra parte, Ortega reprocha al funcionalismo su sincronía, la presentación del todo en el que se inserta la función desempeñada por cada institución como algo estático, “lo que es una abstracción”, porque lo que hay es movimiento y variación, y a ello se añade lo que al filósofo le parece más distorsionador:

Entonces se advierte que las diferentes formas adscritas a las “funciones” no se hallan en el mismo estadio: que algunas están casi atrofiadas, otras en comienzo de generación, otras, al revés, iniciándose y por eso insuficientemente articuladas con las más antiguas. Todo esto hace que en el presente de toda cultura aparezca escorzado el pretérito y esto trae consigo que el *corpus* entero de ella es una realidad histórica, esto es móvil, que viene de y va a<sup>61</sup>.

<sup>58</sup> *Ibidem*, p. 22.

<sup>59</sup> Carta de José Ortega y Gasset a Julio Caro Baroja, 23-IV-1953, en Soledad ORTEGA, “José Ortega y Gasset y Julio Caro Baroja, un diálogo epistolar”, ob. cit., p. 22.

<sup>60</sup> *Ibidem*, p. 23: “Incluso en biología, desde hace bastante tiempo, se ha visto que hay formas –por ejemplo, la fabulosa variedad de colores de las plantas– que no hay modo de explicar suponiendo que son funciones útiles al organismo”.

<sup>61</sup> *Ibidem*, p. 24.

Caro Baroja no puede menos que mostrar su admiración y su agradocimiento por la profundidad y la extensión de la respuesta de Ortega: “Le pongo unas líneas sobre el funcionalismo y V. salta en seguida al campo, con un espíritu y una claridad envidiables”<sup>62</sup>. Acepta las críticas del filósofo, pero su acercamiento al funcionalismo forma parte de una preocupación a la que vuelve de vez en cuando y que nunca abandonará: “las «dificultades técnicas de la historia como ciencia»”.

El interés de Caro Baroja por el concepto de función es una consecuencia de su alejamiento del método histórico-cultural: “la morfología en las ciencias históricas (como en las naturales) tiene sus grandes inconvenientes”<sup>63</sup>. Además, está desengañado de los modelos que predominaban durante los años cuarenta: “creo que el funcionalismo de Malinowski –que empezó pareciendo algo– ha resultado ser un utilitarismo grosero y de pocos vuelos”. En definitiva, hay que buscar alternativas:

Después de prescindir de la idea de función como equivalente a la de “para qué”, he imaginado que, tal vez, podría pensarse en unas funciones históricas, o como las quiera V. llamar (antropológicas, etnológicas...) paralelas a las matemáticas, algebraicas, de suerte que los valores sociales fueran cognoscibles “en función” los unos de los otros, prescindiendo de todo servicio práctico o utilidad<sup>64</sup>.

La solución al dilema planteado por Ortega y en el que el mismo Caro Baroja reconoce encontrarse, va a venir de la mano de dos aportaciones: por una parte, *Estudios saharianos*; por otra, su artículo “La investigación histórica y los métodos de la etnología (Morfología y funcionalismo)”. Ambos textos son muy desiguales en tamaño (quinientas páginas frente a veinte) y carácter (un trabajo de campo intensivo frente a una propuesta metodológica con cierto grado de abstracción), pero mantienen un parentesco indiscutible respecto a su metodología (funcionalista, pero con fuerte presencia de la historia) y el alcance de sus logros (*Estudios saharianos* ha quedado consagrada como una obra de referencia a la que los propios saharauis, descendientes de los que allí eran analizados, acuden para conocer y estudiar sus tradiciones<sup>65</sup>, mientras que en

<sup>62</sup> Carta de Julio Caro Baroja a José Ortega y Gasset, 26-IV-1953, en Soledad ORTEGA, “José Ortega y Gasset y Julio Caro Baroja, un diálogo epistolar”, ob. cit., p. 25.

<sup>63</sup> Francisco CASTILLA URBANO, *El análisis social de Julio Caro Baroja: empirismo y subjetividad*, ob. cit., pp. 80-88.

<sup>64</sup> Carta de Julio Caro Baroja a José Ortega y Gasset, 26-IV-1953, en Soledad ORTEGA, “José Ortega y Gasset y Julio Caro Baroja, un diálogo epistolar”, ob. cit., p. 25.

<sup>65</sup> Mercedes GARCÍA-ARENAL, “Estudios saharianos y magrebíes”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, 533-534 (nov.-dic., 1994), p. 210: “Para entonces se había convertido en una «fuente», es

el artículo condensa Caro Baroja lo que después será la confluencia entre antropología e historia característica de sus trabajos más célebres, incluidas sus biografías antropológicas<sup>66</sup>).

En definitiva, en estos trabajos, como después en *Estudios mogrebíes*<sup>67</sup>, Caro Baroja supera la supuesta escisión entre funcionalismo e historia planteada por Ortega, a través de la antropología. El funcionalismo de *Estudios saharianos* no es ajeno a la historia porque se atiene a lo propuesto por Evans-Pritchard en su conferencia de 1950 sobre “Antropología social: pasado y presente”. Allí mencionaba éste a otros pueblos del desierto a los que aplicar sus propuestas<sup>68</sup>. No en vano, Caro Baroja reconocía que el libro del antropólogo británico, *The Sanusi of Cyrenaica*<sup>69</sup>, “puede servir al lector para establecer curiosas comparaciones con lo que aquí desmañadamente se cuenta”<sup>70</sup>.

Lo importante es que la historia que reivindica Caro Baroja bajo la influencia de Evans-Pritchard no es la historia conjetural en la que, conforme quería Ortega, había que situar la cultura estudiada dentro del lugar que le corresponde entre las de los demás pueblos de la humanidad. Precisamente, “La investigación histórica y los métodos de la etnología (Morfología y funcionalismo)” es el texto que culmina la defensa del método funcionalista en su convergencia con la historia, siguiendo la línea de lo propuesto por el antropólogo británico. El artículo, parte de un curso impartido en el Instituto de Estudios Políticos, anticipa lo que serán los trabajos de Caro Baroja en las siguientes décadas: aparece en el mismo que se debe estudiar la narración histórica a la luz de las modernas técnicas antropológicas y etnográficas o, dicho de otra forma, que en la investigación histórica el análisis funcional debe sustituir al análisis morfológico; denuncia lo que consideraba claras insuficiencias de este último, desde su esquematismo y falta de precisión con que los historiadores solían

---

dicir, en una obra de interés arqueológico, la única en la que se podían encontrar recogidos con enorme detalle y fidelidad además de profusamente ilustrados con fotos y dibujos, usos y costumbres desaparecidos o en vía de extinción. Hoy en día ha adquirido características de «clásico» y no ha sido sustituido por ninguna monografía más reciente aparecida en España ni en el extranjero”.

<sup>66</sup> Julio CARO BAROJA, *El señor inquisidor y otras vidas por oficio*, ob. cit., *Vidas mágicas e Inquisición* (1967). Madrid: Istmo, 1992, 2 vols.

<sup>67</sup> Julio CARO BAROJA, *Estudios mogrebíes*. Madrid: CSIC-IEA, 1957.

<sup>68</sup> Edward E. EVANS-PRITCHARD, *Ensayos de antropología social*, 2.<sup>a</sup> ed. Madrid: Siglo XXI, 1978, p. 14: estaban empezando a estudiar “comunidades que, si bien todavía de estructura simple, están encerradas en, y forman parte de, grandes sociedades históricas, como es el caso de las comunidades rurales de Irlanda o de la India, de las tribus árabes beduinas o de las minorías étnicas en América y en otras partes del mundo”.

<sup>69</sup> Oxford: Clarendon Press, 1949.

<sup>70</sup> Julio CARO BAROJA, *Estudios saharianos*, ob. cit., p. 335, nota 1; *Estudios mogrebíes*, ob. cit., p. 41, nota 31 (en p. 39).

aplicar el método morfológico hasta el uso exagerado del método comparativo que implicaba, así como su excesivo interés por los orígenes del lenguaje, la religión, la técnica, etc., que son cuestiones que carecen de una solución que pueda extenderse más allá de la mera conjectura<sup>71</sup>.

La alternativa propuesta por Caro Baroja es, por tanto, la que ya apuntaba en la carta a Ortega: recurrir a la función que desempeñan las cosas en un momento dado. Considera que este método ha tenido éxito en Biología y en Etnología, y que debería aplicarse a la Historia<sup>72</sup>. Se trataría de sustituir el estudio comparativo de los hechos que se repiten en grandes áreas, propio de la morfología, por el estudio de las funciones que se pueden apreciar mediante la observación intensa de una pequeña comunidad. Esto parece acercarlo a Malinowski, verdadero artífice del moderno trabajo de campo antropológico, pero se separa de la opinión del polaco cuando supone que no es posible una reconstrucción de la historia de las sociedades así estudiadas porque carecen de datos fiables sobre su pasado; las sociedades europeas cuentan con numerosas fuentes históricas que permiten una comparación entre su pasado y su presente incluso desde un punto de vista funcional. A la vez, frente a las reconstrucciones conjeturales sobre orígenes y evolución, donde se inscribía la propuesta orteguiana acerca del lugar de la cultura saharaui en el desarrollo de la humanidad, va a reivindicar también esa historia realizada con los materiales que siglos de recopilación y estudio han puesto a disposición de cualquier investigador que se interese por ellos<sup>73</sup>.

“La investigación histórica y los métodos de la etnología” no renuncia a la observación profunda del grupo, pero afirma que debe estar basada en una serie de criterios funcionales (biológicos, culturales), que sean útiles tanto en la investigación histórica como en la de carácter etnológico. Caro Baroja retoma las explicaciones dadas en otra de sus obras, *Los vascos*, remitiendo las funciones biológicas a las señaladas por Von Uexküll, un autor cuya lectura y seguimiento no es en absoluto ajena a la difusión que del mismo hizo Ortega y cuya lectura recomendó a Julio Caro<sup>74</sup>. Estas funciones biológicas, las que están re-

<sup>71</sup> Francisco CASTILLA URBANO, *El análisis social de Julio Caro Baroja: empirismo y subjetividad*, ob. cit., pp. 119-120.

<sup>72</sup> Julio CARO BAROJA, “La investigación histórica y los métodos de la etnología (Morfología y funcionalismo)”, ob. cit., p. 30: “Hoy día en Biología se cree que la noción de la forma no tiene gran valor si no va relacionada estrechamente con la de función: el papel que desempeña una parte en un todo cuyas otras partes son también dependientes entre sí y subordinadas a aquél. Otro tanto ocurre en Etnología y otro tanto creo debía ocurrir en Historia, al menos en una parte de la Historia”.

<sup>73</sup> *Ibidem*, p. 34.

<sup>74</sup> Julio CARO BAROJA, *Los Baroja (Memorias familiares)*, ob. cit., p. 425.

lacionadas con el medio en que se desenvuelve la vida del individuo, con el botín, con los enemigos y con los deseos sexuales y las relaciones entre sexos, muestran las regularidades a las que están sometidos todos los hombres<sup>75</sup>. En cualquier sociedad existen unos universales de la cultura (aspectos materiales, arte, mitología, religión, familia y sistemas sociales, propiedad, gobierno, etc.) cuya variabilidad permite sostener que todos los hombres mantienen en todas las épocas y países importantes coincidencias y diferencias; el conjunto de todas ellas, caracterizan la peculiar cultura de cada grupo. Pero, describir la manera particular en que cada sociedad interpreta los universales de la cultura, no es suficiente para dar cuenta de la misma. Sólo cuando lo que hace cada sociedad desde el punto de vista biológico y cultural queda integrado dentro de una estructura social, se puede afirmar que se ha logrado explicarla<sup>76</sup>.

En definitiva, cabe concluir que, a mediados de la década de los cincuenta, Caro Baroja se encuentra con la necesidad de buscar alternativas a los modelos metodológicos que había venido utilizando hasta finales de los cuarenta. En su búsqueda, las aportaciones de Ortega van a servirle de incentivo en lo que tienen de invitación a trabajar determinados temas, en la sugerencia de abordarlos con una cierta perspectiva y en su contribución a aclarar las posibilidades de solución de algunos problemas. La utilidad de esas aportaciones es innegable, pero Ortega mantiene unas preocupaciones, la posición de la cultura de los pueblos en la cultura de la humanidad, su nivel evolutivo, las supervivencias que mantienen las culturas de estadios anteriores, etc., que son propias de la antropología difusiónista. Ya hemos visto que Caro Baroja identificaba a Ortega con las aportaciones de los antropólogos histórico-culturales. No en vano, “había introducido a Frobenius en las tertulias aristocráticas de Madrid y había hecho traducir alguna obra de Graebner”<sup>77</sup>. Sus propuestas en esta línea no pueden seducir a un Julio Caro, que buscaba una salida a las mismas desde hacía tiempo. Por eso, aunque ésta se va a producir reivindicando la utilidad de la historia, lo que en absoluto podía serle antipático al filósofo, el paradigma en el que se va a insertar no es el que le podía proporcionar Ortega, sino el que le llega de Evans-Pritchard, a favor de integrar antropología e historia. En la década de los cincuenta tal propuesta era, con mucho, la más novedosa y la que le iba a resultar de mayor fertilidad para sus investigaciones. Ortega no parece haber llegado a compartirla. Tal vez aquí se inscriban los “muchos motivos de reserva ante los «métodos sociológicos» en boga”, a los que alude Caro Baroja<sup>78</sup>.

<sup>75</sup> Julio CARO BAROJA, “La investigación histórica y los métodos de la etnología (Morfología y funcionalismo)”, ob. cit., p. 35.

<sup>76</sup> *Ibidem*, p. 36.

<sup>77</sup> Julio CARO BAROJA, *Los Baroja (Memorias familiares)*, ob. cit., p. 424.

<sup>78</sup> Julio CARO BAROJA, “Ortega en mi memoria”, ob. cit., p. 72. (Véase a continuación).

# JULIO CARO BAROJA

*Ortega en mi memoria*

**A**lgo que siempre me ha sorprendido y que, por lo tanto, me ha hecho meditar después, es la relación que encuentro a lo largo de mi vida entre el calor veraniego y una mayor tendencia a recordar –también mayor capacidad–, de que imágenes del pasado se me presenten nítidas, claras, en la mente. Calor y memoria o memoria y calor van asociados a lo largo de mi existencia de modo constante. Y he de confesar que ahora me gusta más sentir calor y recordar que hace unos años. Pienso esto una tarde [de] agosto en mi casa de Churriana de Málaga, a la hora en que no han empezado todavía a cantar las chicharras y los grillos y en víspera del santo de Soledad Ortega. Cuando empiezo también a escribir estas cuartillas, recordando el genio y figura de su padre, tal como se me presentan en mi memoria: la memoria de un hombre que está ya más cerca de los setenta que de los sesenta, pero que, como siempre, se crece y excita con el calor. Todavía no es, pues, uno un cadáver. ¡Adelante!

¿Cuántas imágenes poseo yo de Ortega? No una ni dos. Por lo menos tres: o tres y media si se quiere. Porque a las que puedo asegurar que son directas, he de añadir otra, construida por medio de recuerdos y referencias familiares, que corresponde a una época anterior a la de mis propios recuerdos.

Pero vamos por partes. Dejo de escribir un momento. Debajo de un nogal aoso, cerca de la alberca vacía por la sequía (y también por alguna típica susstracción de agua muy mediterránea, aunque ahora los nórdicos que llegan a la flamante Costa del Sol pueden realizar asimismo esta clase de expolios), me siento en una silla de lona, cierro los ojos y pienso en determinada época de mi niñez. Si, allá por los años de 1923 o 1924, cuando no había cumplido diez fue cuando comenzó a serme familiar la figura de don José. Porque durante meses y aún varios años, casi todos los domingos de otoño, invierno y primavera solía ir con mi tío Pío a almorzar a su piso de la calle de Serrano ¡andando!, bulevares arriba, desde nuestra casa del barrio de Argüelles. Ortega, por entonces, te-

nía cuarenta años, o poco más. Si he de decir la verdad, no asocio demasiado la imagen de entonces con la que me resultó todavía mucho más familiar, durante los últimos tiempos de su vida. Un español erguido, con bigote negro recortado, del que lo que a mí me llamó más la atención ya entonces, fueron los ojos, o mejor dicho la mirada y una voz que me parecía metálica y clara.

¿Qué era para mí Ortega? El padre de José, mi compañero de juegos, de Soledad, más distante entonces, y de Miguel, que por la poca diferencia de tres años me parecía muy mayor. Un padre de familia extraordinariamente bondadoso con sus hijos y que en esto, como en tantas otras cosas, estuvo apoyado siempre y de modo óptimo por su mujer, que, en mi mismo recuerdo, pasa de ser Rosita Spottorno a Rosa Ortega y de Rosa a doña Rosa. Sí: Rosa y Pepe. Una pareja muy española pero como pocas. Una pareja nada parecida a las que yo veía en mi contorno, sobre todo el materno... Con ella los chicos... y también los viejos. Porque a mi recuerdo de la calle de Serrano asocio la figura del señor Spottorno, el suegro de Ortega, que era un caballero de barba blanca, suave, bondadoso, con un leve acento cartagenero si no me engaño. No puedo extenderme sobre otros recuerdos de aquella casa, que contenía una serie de elementos de atracción que no encontraba en otras: desde el caimán disecado y colgado cerca de la terraza a la foto en sepia del "Caballero de la mano en el pecho". Si puedo reconstruir lo que, de vuelta de almuerzo y juegos, oía comentar a mi tío respecto a lo que hablaba con Ortega en sus encerronas de la tarde dominguera. Fueron aquellos años los de la amistad más sólida (y ya larga) entre dos hombres muy distintos y que pertenecían a generaciones también diferentes, pues mi tío le llevaba once años a Ortega y además, por entonces, estaba como envejecido. Luego rejuveneció. ¿De qué hablaban? De literatura, de antropología, de arte; menos, acaso, de historia y creo que tampoco mucho de política. Mi tío admiraba la profundidad y variedad de conocimientos de Ortega. Su originalidad de pensamiento, también. Ortega creía que mi tío era un hombre de excepcional intuición y de rara penetración psicológica y le sorprendían algunas cosas de las que sabía, a la vez que le asombraban y aun irritaban ciertas indiferencias ante otras.

Fue entonces cuando mi tío hizo unos viajes en auto con él. A ellos se unían, a veces, don Domingo Barnés o don Juan Dantín Cereceda. Mi tío volvía a casa cargado de anécdotas y recuerdos. Pero no terminaría con ellos en un espacio justo y conveniente, si intentara recordarlos.

Mis remembranzas personales madrileñas se suman también a las de algunos veranos en que Ortega aparecía en Vera, a donde llegaba directamente de Zumaya, su lugar de veraneo, o de dar una vuelta por Francia. Creo que en cierta ocasión vino con Zuloaga; en otras, con damas linajudas y aristocráticas que veraneaban en Biarritz.

## II

Calculo que esta comunicación frecuente se hizo algo más distanciada a partir de 1925 y tengo varias razones para apoyar este cálculo. En primer lugar, pienso que hubo un distanciamiento ligero entre Ortega y mi tío cuando éste respondió a aquél en el prólogo de *La nave de los locos*, en relación con sus ideas respecto a la novela. Por otro lado, Ortega se ocupó cada vez más de las generaciones de escritores jóvenes, que colaboraban en la *Revista de Occidente*, y de temas candentes como el de la deshumanización del arte que a mi tío le dejaba frío y, por otro lado, la vida política y pública del mismo se hizo más intensa a medida que la Dictadura fue cuarteándose.

La consecuencia directa, para mí, fue que los almuerzos domingueros se hicieron menos frecuentes. Mi tío inició, ya entonces, un proceso de retracción general. Esto no quiere decir que no viera a Ortega en salones y tertulias como la de la misma *Revista* o en la de la marquesa de Villavieja, cerca de casa. El que no le veía tanto era yo. Pero con la edad la imagen puramente infantil del padre bondadoso y de su círculo familiar fue siendo sustituida por la del escritor y, también, por la del editor y promotor de la traducción de tantos y tantos libros: alguno de los cuales se imprimió en las prensas de mi padre. Puedo, así, decir que mi afición por la prehistoria, la historia antigua y la etnología la alimentaron en gran parte la “Biblioteca de ideas del siglo XX” y las distintas obras que se publicaron en secciones o series varias que patrocinaba la misma *Revista de Occidente*, bajo su dirección perspicaz. Las “novedades” llegaban a casa. Se discutían. A veces, la reacción frente a ellas era más violenta en mi tío Ricardo que en Pío. Éste siempre se mantenía en guardia, con un punto de escepticismo. Si los recientes libros de ciencia le producían curiosidad y, en caso, un respeto unido al reconocimiento de falta de base para comprender los progresos que suponían, en ciencias como las físico-matemáticas, otros los leía con cautela y ponía reservas a su contenido. Lo que se cocía en el mundo literario y artístico de 1910 en adelante, los “ismos” de todas clases, más bien le parecían “farsas” y “paparruchas” que otra cosa. Mi tío era hombre más del siglo XIX y aun del XVIII que del XX. Ortega se metía en la vorágine del siglo como un explorador en la selva. No siempre con gusto, según creo. Sí, con curiosidad.

El ligero asco que sentían mis tíos por lo que ocurría en el mundo entre 1910 y 1930 se me transmitió en edad desacostumbrada. Me era, así, difícil seguir los gustos y entusiasmos de la época: pero sí puedo decir que la figura de Ortega me quedaba siempre cerca y cada vez con mayores apoyos de tipo intelectual. Así llegó el momento de la Monarquía de don Alfonso XIII y la proclamación de la República. Ortega fue una de las primeras figuras del momento, como es sabido... y pensó en mi tío Pío colaborara en su actividad

política. No lo consiguió. Por mi parte asistía uno de los mítines más famosos que dio en el cine de la Ópera. Saqué la impresión de que lo que dijo era “demasiado” para el auditorio, que esperaba, como casi siempre se espera en estos casos, una sarta de lugares comunes. Al salir varios de mis condiscípulos entrometidos y curiosos me acerqué a un grupo de políticos que estaban a la expectativa: Miguel Maura y Salvatella, entre ellos. Se veía que habían quedado desorientados y perplejos. Ortega picaba demasiado alto.

La cuestión es siempre la misma. Los políticos nos quieren demostrar que poseen un sistema de razonamientos fuertes, coherentes, sistemáticos, apoyados en el derecho, la historia, incluso en la “ciencia”. Estos “razonamientos” dan la base a su grupo o partido. Pero, luego, tienen que servir y aun adular al mismo grupo, a la masa de votantes y defenderla incluso cuando se comporta de modo irracional y violento o ferozmente egoísta, narcisista e incluso estúpido, simplemente estúpido. El que no esté dispuesto a someterse a estas servidumbres no debe actuar en política y el que domina las pasiones y exigencias de la masa se convierte en dictador. Ortega era un pensador ante todo. Se dice que los intelectuales fracasan como políticos. No. Se retiran. Los que fracasan son los políticos profesionales: una y otra vez.

Pero vamos adelante. Yo no fui alumno de Ortega en la Universidad ni le vi mucho durante la República. Pero cuando le veía me reconocía y cuando mi tío Pío ingresó en la Academia fue él el que –ya en la facultad de la Ciudad Universitaria– me pidió unas invitaciones para el acto. Ya había cambiado bastante de aspecto. El tránsito de los cuarenta a los cincuenta años es decisivo en los hombres. A la generalidad los achabacana. A algunos los mejora. A Ortega le mejoró sin duda. Toda su fuerza mental le salió al rostro durante este tránsito. La mirada se hizo más profunda, los trazos de la cara más acusados. Era el suyo un semblante con fuertes aristas, afeitado por completo, muy meridional, muy mediterráneo. Pero no semítico. Una faz de senador romano de la Bética, he pensado yo, que podría haber modelado estupendamente un buen escultor contemporáneo de Séneca.

### III

Pasó aquella época de ilusiones y llegó la de las grandes zozobras, de los peligros mayores. Hoy, a mí, me resulta ininteligible la razón de mi supervivencia. Porque *aquello* fue un naufragio total para la gente a la que pertenecía mi grupo familiar y más, si cabe, para los hombres de mi generación, azotada por la muerte como ninguna otra.

Después, vuelta a empezar: en la miseria y en el desamparo. Sólo ya pasada la Segunda Guerra Mundial comenzó uno a resollar un poco. Los diez me-

jores años de la vida, de los veintidós a los treinta y dos, pasaron dominados por aquella estupidez cósmica, aquella locura inaudita que se dio de 1936 a 1945. Fue después cuando mis recuerdos de Ortega se hacen más fuertes y más entrañables. Los asocio con su vuelta a Madrid, su memorable conferencia en el Ateneo y con la creación del Instituto de Humanidades.

Ortega tenía sesenta y tantos años y estaba, creo yo, en la cúspide de su vigor intelectual. Quería combatir, verse cara a cara con los jóvenes. Yo no sé si los jóvenes entendieron y aceptaron el reto: me parece que no. Había miedo, cuquería, prudencia. La juventud no es tan arriscada como se dice. Ni en 1940, ni en 1950, ni hoy. Esto lo sostengo apoyado por la experiencia. Por un joven un poco alborotador y romántico, hay mil que tienen vocación de registrador de la propiedad, de droguero o de pasante de notario. Creo que los que por entonces nos agrupamos más en torno a Ortega éramos más bien hombres ya hechos, castigados por la guerra, de entre treinta y tantos a cuarenta y tantos años. Supervivientes en suma.

El Instituto de Humanidades –sin embargo– fue un éxito y yo tuve la honra de que Ortega me eligiera como uno de sus colaboradores. En una entrevista aparecida en el *ABC*, se refirió a esta colaboración como la que puede haber entre un abuelo y un nieto. En realidad, yo era riguroso contemporáneo de sus hijos, como se ha visto. Pero desde el punto de vista intelectual lo que decía don José era verdad. Porque él había sido un joven muy maduro ya en la primera década del siglo y yo, en 1950, a mis treinta y cinco años era todavía una vieja cri-sálida intelectual, aunque tenía mucha y amarga experiencia de la vida.

Sin embargo, él, en Portugal, ya había leído algo de lo que publicaba “Julito” y parece que no lo juzgó absolutamente detestable. La colaboración en el Instituto de Humanidades fue para mí muy fructífera. Ocación que también sirvió para darme cuenta del lado humorístico del carácter de Ortega. Una vez –por ejemplo– después de cierta conferencia que di sobre el concepto de “comarca” (un tema modesto), aludió a mi estridencia idiomática y luego, al empezar el coloquio me dijo amablemente: “Vamos a ver cómo desmontamos tu exposición...” En otra ocasión me lo encontré a la puerta misma de la sala en que se había celebrado otro coloquio sobre arte, que no había resultado del todo bien. Ortega saludaba a los concurrentes que salían y fumaba un cigarro con boquilla, con ademán de viejo señor andaluz. Me tocó pasar por delante y con un gesto de entendido en toros, después de una corrida frustrada, me dijo: “¡Hola Julito! Estos han tenido hoy una mal tarde”. En realidad, dijo algo más fuerte que lo de la mala tarde y muy del vocabulario taurino. Pero no lo repito.

Las conferencias que daba en el Instituto estaban, claro es, muy por encima de las de los demás. Y allá en la tertulia de la *Revista*, en Bárbara de Braganza, su fuerza mental anulaba la de todo el resto en conjunto. Alguna vez

fui allí o a su casa, para tratar a solas de temas que yo tenía entre manos y que a él le interesaban. Sobre todo, en vísperas de mi ida al Sahara. Ortega estuvo siempre enamorado de África. Era gran lector de libros de historia y de viajes y se conocía al dedillo las crónicas del Sudán, las clásicas descripciones de Timbuctu, del Níger. No comprendía la falta de afición de los españoles de su época a esta clase de obras. Cuando yo empecé mis lecturas sistemáticas sobre el África blanca, Ortega me prestó libros que era difícilísimo encontrar en Madrid y me habló de temas que pocos españoles conocían. Cuando volvía del Sahara le llevé –como recuerdo– una piedra negra y brillante de Smara, que tuvo en la mesa de su despacho de la *Revista* hasta el final. Pero murió antes de que yo publicara mis *Estudios saharianos*.

Estaba también por aquellos años, desde el cincuenta hasta su enfermedad postrera, muy ocupado por temas sociológicos y antropológicos generales. Conmigo, claro es, hablaba más de ellos que de arte, literatura o filosofía pura.

Había vuelto a la lectura de Durkheim, al que había conocido en un Congreso de filosofía hacia 1911, pero entonces –según me dijo– le produjo prevención su aire “burocrático”. Leía las obras de los funcionalistas ingleses y bastante antropología americana: y me hablaba de todo esto. Tenía muchos motivos de reserva ante los “métodos sociológicos” en boga. Pero lo que más le irritaba de ellos (y en esto puedo decir que, por mi vía modesta, llegué a una consecuencia parecida) era el aire beatífico que daban a la sociología y a la antropología en general.

Desde el punto de vista personal, no puede decirse que tuviera motivos para estar descontento y no lo estaba. Fue testigo de su enorme éxito en Alemania y en los Estados Unidos. Tenía brío e ímpetu enviables. Pero, pensando en términos generales, Ortega no era optimista. Más de una vez le oí decir: “Estamos en la noche”.

Una noche larga, sin duda. Larga y pesada. Alguna vez, durante el verano, solía venir a Vera y me recogía. Paseábamos, luego, por las orillas del Bidasoa, frente a Biriatou y me hablaba más de recuerdos y experiencias que de asuntos científicos. Lo más amargo de aquellas conversaciones se refería a la vida política española. Ortega me dijo un día que creía haber sido injusto con algunos políticos de la Monarquía que, en suma, valían más que los que había tenido después la República. No quise hacerle muchas preguntas sobre un asunto que le entristecía. Pero él hizo otras reflexiones por su cuenta y en el mismo tono.

Se alegraba, en cambio, cuando tenía algún grupo de jóvenes en derredor, chicos y chicas, con los que no tenía empacho en ir a los bares a la moda. Tenía entonces mi hermano Pío poco más de veinte años y le gustaba oír sus conversaciones y las de otros jóvenes, sin pretensiones intelectuales todavía.

También llegó a ir a alguna sociedad gastronómica de San Sebastián, con nosotros; con el doctor Bergareche y con otros amigos. Pero creo que aquel ambiente le aburría mucho más. Ortega necesitaba discípulos, señoritas guapas y hombres adictos e inteligentes en derredor. Su expresión, al fin, se convirtió en una expresión serena, no exenta de tristeza. Y fue admirable, en suma, la serenidad que tuvo ante el anuncio de la muerte inexorable y durante los largos días anteriores a ella.

Cuando se intentó hacer un último y desesperado esfuerzo para salvarle, nos congregábamos en salas y pasillos de la clínica, amigos, discípulos y admiradores. Los comentarios eran angustiados, el ambiente tétrico. De vez en cuando, alguna persona de la familia salía del cuarto del enfermo para darnos noticia de su estado. Y, una tarde, muy al final ya, Soledad me dijo que quería verme. Entré emocionado. Estaba sentado y con la cara demacrada. Pero hablamos un rato bastante largo y hasta bromeamos. La mirada de Ortega siempre me había chocado y en aquel momento me chocó más. Y le pregunté:

—“¿No tiene usted algún ascendiente germánico... o dinárico...? Porque a veces su mirada tiene como un relámpago nórdico”.

—“Dinárico... dinárico. Te voy a matar”. —Éste fue su comentario burlón. Quería seguir la charla. Pero se veía que le cansaba demasiado y me retiré. Luego, por Soledad misma he sabido que aquella última visita fue un privilegio que se me concedió. Porque aquella tarde le habían preguntado:

—“¿Quieres ver a alguien?” —Y él pensó un momento, preguntó quiénes estaban fuera y cuando le dieron los nombres, dijo:

—“Quiero ver a Julito”.

La muerte es algo repulsivo siempre. Pero algunas personas mueren con dignidad singular y esta dignidad la tuvo Ortega. No quiero recordar los días de angustia que pasé cuando sobrevino, en una época en que los aletazos de la muerte misma me daban de continuo en la cara.

Mi tío Pío, ya muy achacoso, se enteró del fallecimiento de su amigo por indiscreción periodística y telefónica a la par. Alguien le pidió de sopetón un juicio sobre Ortega recién muerto. No podía escribir casi. Con dificultad cogió la pluma. Los párrafos se le engarabitan. Pero, por fin, con mucho esfuerzo, tachando, cortando, escribió algo que estaba sentido, que era fiel reflejo de su admiración por el muerto. Creo que es lo último que escribió con coherencia. Medio siglo de vida, de amistad, de admiración terminaban para él. Mi tío le conocía desde antes de que fuera a Alemania. Era aún el “chico” de Ortega Munilla que prometía más. Un joven brillantísimo, prodigo de la Facultad de Filosofía y Letras. Mi tío tuvo amistad con su padre, colaboró en *El Imparcial* y Ortega Munilla fue de los primeros en adivinar su talento. (Yo me pregunto ahora: ¿Por qué el padre de Ortega está tan olvidado?).

Pero Ortega hijo fue su “ideal de cultura” durante muchos años. Para mí también lo fue: por motivos algo distintos. Lo que perdí cuando murió no se puede medir. Luego vino mi “noche triste” y larga. Mi tío moría al año aproximadamente. No quiero hablar más de esto. Sí, pensar en lo vivo que está Ortega a los cien años de su nacimiento. Vivo, claro es, para los que “viven” de verdad. No, para los que creen vivir porque se mueven, se agitan, discuten, comen y beben y creen incluso que, por manejar cuatro lugares comunes y recitar unas letanías más o menos inteligibles, representan las “fuerzas vivas” del momento. Porque, para acabar, no tengo más remedio que decir esto que pienso. El panorama intelectual de 1982 creo que a Ortega le hubiera parecido un poco ramplón. Muchas viejas vulgaridades se manejan como grandes novedades. Muchos resentimientos y rencores de triste origen, se encubren con fórmulas retóricas pomposas. Hay más “beaterías” de las que fuera de desear y su miaja de impostura, revestida de aquello que según lord Chesterfield va unido siempre a la impostura: la “gravedad”. No estaremos ya en “la noche”. Pero sí puede repetirse lo que se dice que dijo Ortega en un momento dado, en tiempo de la República: “No es esto. No es esto”.

Churriana, 14-15 de agosto de 1982.

*Revista de Occidente*, 24-25 (mayo, 1983), pp. 65-75.